



EDUARDO CHIRINOS Y LOS LIBROS PARA NIÑOS

Por **JORGE ESLAVA**¹

Todos sabemos que a Eduardo le encantan las presentaciones, las disfruta y las lleva muy bien... sean presentaciones propias o ajenas él las atiende con el mismo entusiasmo de celebración; porque cuando se le pide presentar un libro de un viejo amigo o de un joven escritor, Eduardo acepta de buen grado y prepara con responsabilidad y alegría lo que le corresponde. Nunca nos defrauda. Nos ha enseñado –a todos los que estamos cerca de él– que cada presentación es un bello acto de amistad. Que trasciende el vínculo de ser el protagonista y se instala, más bien, en la región visible del autor con sus lectores. Se convierte en auténtico lazo de afecto con quienes están en la mesa y con quienes, desde el auditorio, lo escuchan con sincera fascinación. Por eso las salas que acogen a sus invitados, a lo largo de estos años tan productivos, van pareciendo cada vez más una legión renovada y creciente de fieles: ahí está el rostro orgulloso de su madre y sus hermanos, el rostro conmovido de sus tías y sobrinos, el rostro de admiración de sus amigos y amigas. Y, sobre todo, el rostro iluminado de amor de su esposa Jannine.

Puedo dar fe de que lo que digo, pues cuando conocí a Eduardo –él casi un adolescente, poeta y premiado; yo un joven profesor– apenas había publicado dos libros de poemas: *Cuadernos de Horacio Morell* (1981) y *Crónicas de un ocioso* (1983)... de modo que, si acierta mi memoria, debo haber asistido por lo menos a unas veinte presentaciones de algún libro suyo o mío o de alguien cercano a nosotros. Y referirme a las presentaciones es algo más complejo de lo que parece: es auscultar un pequeño universo, un microcosmos de relaciones humanas y creativas. En el caso de Eduardo constituyen señales de un mapa de afectos y también signos visibles de las rutas diversas que ha seguido su obra.

De los numerosos títulos de su bibliografía, *Catálogo de las naves*² es un nombre que me encanta. Creo que sugiere el amplio repertorio de vertientes que ha tomado su creación. Entendamos la palabra ‘naves’ como embarcaciones de cubierta y velas o como espacios entre los arcos que se extienden a lo largo de un templo. Y de ese modo, surcando un mar imaginario o paseando entre los muros monacales hemos descubierto sus libros de poesía y ensayo, comentarios periodísticos y entrevistas, estudios académicos y relatos para niños, hasta llegar incluso a una suerte de novela poemática o libro de memorias que es *Anuario mínimo* (1960-2010)³ y que, por una feliz coincidencia, se presentará dentro de dos días.

Comprobamos, pues, que solo siguiendo la cartografía de sus presentaciones estamos ante una obra múltiple, de excelencia intelectual y sentimental, de delicado acabado artístico. Y comprobamos, además, que cada uno de estos cauces creativos que la academia llama ‘géneros literarios’ han ido apareciendo de una manera natural en sus escritos, sin forzar su voluntad, obedientes a las travesuras de su mirada y su oído, a los enlaces de sus incontables lecturas, a la sabia efervescencia de sus lecciones de maestro en el aula o de buen conversador en la sala de nuestras casas.

Claro que existe un sector intelectual que se desconcierta o se crispa con estas interconexiones y reordenamientos de géneros literarios, críticos poco permeables a recomponer la estantería cultural de un creador; algunos de ellos desconocen la dimensión indócil de ciertas personalidades, como la de Eduardo, a quien se le puede escuchar hablar indistintamente y con sorprendente versación y amenidad de un bestiario fantástico de la Edad Media o de los doce vaticios que utiliza nuestro cerebro durante el día o del primer gran éxito de los Rolling Stones, que curiosamente fue un tema compuesto por Lennon y McCartney. Sin duda son críticos que no conocen a Eduardo y que además, cosa grave, no han asistido a ninguna de sus presentaciones.

La de esta noche es una presentación singular, pues se ofrecen dos publicaciones para niños. Dos libritos recién terminados de imprimir y que inauguran una serie de publicaciones de ARSAM, una joven y pujante editorial peruana. Me sobrecoge lo que leo en la contracarátula: “Eduardo Chirinos es, además de autor de cuentos infantiles, poeta, ensayista y

¹ Texto leído en la presentación de los libros *Juanita* y *las líneas de Nasca* y *A Cristóbal no te gustan los libros* (Editorial ARSAM), en la Feria Internacional del Libro de Lima (FIL Lima), en julio de 2014.

² *Catálogo de las naves* (Universidad Alas Peruanas y Estruendomudo (eds.). 2012) es una antología personal que reúne los poemas publicados desde 1978 hasta el 2012.

³ *Práctica mortal* (ed.). (2014). México D.F.

traductor.” Es decir, han privilegiado su condición de creador para niños y por lo tanto han invertido el orden que hubiera aparecido en cualquier otro libro del autor. Eso está muy bien, pues honra, como lo escribí cuando apareció su primer libro infantil, a nuestra desestimada tradición de literatura para niños. Estos dos libros son *Juanita y las líneas de Nasca* y *A Cristóbal no le gustan los libros*.

Es verdad que Eduardo ha publicado ya una trilogía de novelas sobre su koala Guillermo bajo el sello Alfaguara. Son bellas narraciones que aparecen entre el año 2005 y el año en curso, de modo que no debería sorprendernos esta variante creativa. He revisado en mis archivos personales y quiero apelar al consentimiento de ustedes para recordar algunas palabras de Eduardo, claves para comprender mejor su relación con los libros para niños y su nuevo registro creativo. En una entrevista que le hice el 2010 a propósito de *Mientras el lobo está*, su poemario ganador del prestigioso premio Generación del 27, le pregunto sobre el título del libro que alude a una canción infantil y si había alguna intención de hundirse en la memoria personal. Él me contesta:

Siempre me ha llamado la atención el contenido perverso de la ronda infantil: “Juguemos en el bosque / mientas el lobo está”. Si te fijas bien, el placer de ese juego lo garantiza la presencia del lobo: sin esa amenaza de muerte (sin ese lobo) no hay juego posible. ¿Acaso nuestra vida adulta no está gobernada por ese mismo principio? En pocos meses cumpliré cincuenta años, y entre las pocas cosas que me siguen acompañando está la oscura presencia de ese lobo. Por eso en los poemas de ese libro no hay ninguna ‘nostalgia’ del mundo infantil, ni siquiera apuestan por su piadosa recuperación: el lobo está allí para decirnos que la infancia nunca se fue, que es una inquietante y peligrosa presencia.

Dos años más tarde, también en una entrevista, esta vez destinada a descubrir sus primeras lecturas, le pregunto por las aquellas circunstancias que le descubrieron el placer de la lectura. Eduardo me responde:

A finales de 1968 sorprendí a mis padres cuando me preguntaron qué quería como regalo de navidad. Con la seguridad y el aplomo de mis ocho años les contesté “Una enciclopedia de seis tomos”. No sé si mis padres se aguantaron la risa (conociéndolos diría que sí), pero lo cierto es que me la compraron, y que a partir de esa navidad esos seis tomos pasaron a ocupar un lugar preferencial en mi pequeño estante...

Y pasa Eduardo a mencionar numerosos libros infantiles de la tradición clásica, algunos que desconozco. Recordamos cómo las historietas de Editorial Novaro contribuyeron a formar lectores en las generaciones de los sesenta y setenta, a las que pertenecemos. Formulo una nueva pregunta interesada en descubrir aquellas lecturas que forjaron su personalidad y decidieron su destino de escritor:

Robert Creeley cuenta con admiración que su amigo Basil Bunting tuvo el reconocimiento de que iba a ser poeta a los cuatro años, sentado junto a una chimenea, mientras sus padres discutían sobre la guerra ruso-japonesa. A mí me gustaría tener el recuerdo de ese momento tan decisivo, pero las equivalencias ni siquiera funcionan: las casas de Lima no tienen chimenea, mis padres nunca discutieron sobre la guerra de Vietnam, y a los cuatro años no tenía el menor interés en leer y escribir. En mi caso todo eso apareció tardíamente y al lado de lecturas populares que supieron dejar huella en mi memoria afectiva.

Y permítanme referirme a una tercera entrevista, muy reciente y brillante, que está colgada en la mula.pe. Aquí el joven periodista Alonso Almenara le dice a nuestro querido autor: “Tengo entendido que no tiene hijos. ¿Qué le interesa en el género de la literatura infantil?”:

En una escena memorable de una película sobre la vida de J.M. Barrie, el autor de Peter Pan, una niña muy pequeña le pregunta: “¿Y tú, por qué no tienes hijos?” y Barrie le contesta: “Porque los niños no tienen niños”. Yo me llevo muy bien con los niños pero los miro no como seres disciplinables y educables, sino como

pares: se me trepan a la cabeza, me piden que les cuente historias, que les haga dibujos... Para mí sería muy complicado tener que ponerme en la situación de educar y disciplinar...

Creo que era necesario este repaso para entender el espíritu curioso y juguetón de Eduardo, ahora haré solo unas pocas anotaciones de los dos libros que debía presentar esta noche y que la figura de Eduardo y el cariño que le tengo han distraído mi propósito. *Juanita y las líneas de Nasca* es un relato que se inscribe dentro de los libros de viaje y también dentro de los libros de aprendizaje. La protagonista, una niña despabilada y sabihonda, está a punto de cumplir doce años –una edad decisiva en las niñas– y recibe como regalo de parte de su familia un viaje muy deseado por ella. El destino es Nasca y los misteriosos trazados de sus pampas.

La familia la conforman papá y mamá, un hermano despreocupado y molesto, y una perrita chihuahua. El viaje se realiza sin los sobresaltos de una aventura episódica sino, más bien, con los regocijos de una efervescente ilustración. Son los diálogos entre la familia y el piloto de la avioneta los que sostienen el hilo argumental y nos ofrecen un paisaje nuevo y más profundo de las pampas de Nasca. Nos ofrecen, también, un merecido homenaje a María Reiche, la guardiana del desierto.

Interesante observar cómo Eduardo ha narrado la historia: ha utilizado la voz de la protagonista y la ha plasmado en tres registros distintos: el diario personal (hasta que se extravía), los papeles con membrete del hotel en Nasca donde la familia está alojada y el relato en primera persona, con apertura de muchos diálogos. Cuando aparece el diario al final de la historia, queda la sensación en el lector de haber leído una versión corregida de todo este proceso creativo.

A Cristóbal no le gustan los libros tiene otra vibración y otra naturaleza. Es más dinámica y más atenta a los dédalos de la fantasía. El protagonista tiene siete años, es un renegón insoportable y un negado a la lectura. Sus sueños parecen tener la culpa de este rechazo: de noche, cuando duerme con la mayor inocencia, se le aparecen unos monstruos gigantescos y peludos que los persiguen con sus cuerpos rectangulares y llenos de páginas. Son los libros los protagonistas de sus pesadillas... hasta que una noche, antes de acostarse, se encontró cerquita a su cara con los bigotes de un ratón de biblioteca. La breve conversación que sostiene con este roedor hambriento de lectura le descubren primero que es un profesor, segundo que es un profesor distinto –para empezar tiene un rabo largo y un reloj con leontina– y tercero que el libro, como todo libro, encierra una música que es mucho más belleza que sabiduría.

Con la conquista de esta música interior, Cristóbal comprenderá que un libro está contenido en la piel de cartón que lo cubre, en los olores que despide y en la melodía de voces que escuchamos o creemos escuchar durante el ensueño de la lectura. Una anotación final: tanto la historia de *Juanita y las líneas de Nasca* como *A Cristóbal no le gustan los libros* parecen insinuar en sus desenlaces el destino de sus protagonistas: ambos personajes, gracias a sus experiencias entrelazadas por el asombro y la necesidad de transmitir las, insinúan su deseo de dedicarse a la literatura. Convertirse en escritores, como sin duda ocurrió con nuestro querido Eduardo. Si quedara alguna sospecha, en una de las entrevistas mencionadas, él contestó a mi pregunta de cómo obraba su mecanismo interior en su escritura para niños:

...simplemente dejo que la historia me la vaya relatando mientras la voy escribiendo. Para mí, escribir para niños es una experiencia muy parecida a la del lector que apaga la luz deseando que amanezca lo más pronto posible para continuar la lectura. Y sorprenderme de adónde me lleve la historia.

Muchas gracias.

FLORES PARA EDUARDO

El 4 de abril del 2016 Eduardo Chirinos habría cumplido 56 años. Sus familiares, amigos y lectores se habían reunido en Dédalo para celebrar y recordarlo, esperando que juntos aquella ausencia no se sintiera tanto, dispuestos a llenar ese vacío con recuerdos, anécdotas, lecturas. Lo que nadie había esperado es que Eduardo sí llegara e hiciera acto de presencia desde la voz de quienes estaban allí para homenajearlo. Él recogió cada una de sus flores y demostró que el cuerpo del poeta es de palabras y de voz: a un cuerpo así no lo puede derrumbar la muerte. Si acaso el olvido podría pero aquella noche, en “Flores para Eduardo”, quedó claro que esa es una ruta que la obra de este autor nunca tomará; de ahora en adelante habitará en la memoria de quienes lo leyeron y quienes lo leerán, desde su eterno lugar como referente de la poesía y la literatura peruana. Aquí recogemos algunos testimonios vinculados a su obra y su persona ofrendados aquella noche, en celebración de uno más de sus cumpleaños; así como también los poemas a los cuales se hizo referencia.

JORGE ESLAVA

Querido Eduardo:

Sé que es verdad, pero todavía despierto esperando la música de tu respiración: tus dedos en el teclado, la cuerda contenida de tu risa o el imperceptible sonido de la servilleta cuando trazabas tus dibujos. Dime, buen amigo, ¿podría comparar tu voz con la melancólica vibración de una viola?

No dudo que lo supieras: ese instrumento, en la historia de la música, ha tenido una travesía sensual por el cuerpo humano: viola de hombro, de brazo y de pierna antes de arribar a la ‘viola de amor’.

Aquí reposa tu voz: en el estremecimiento de los grandes afectos que supiste cultivar. En tus diálogos, a viva voz o en la escritura, con la tradición cultural o con la actualidad. En la sutileza de tus bromas y en el admirable silencio de tus quebrantos.

Tuviste el valor y la nobleza de su mejor madera: consagraste tu vida a la poesía y tuviste voz para todas las emociones del alma y del cuerpo, pero nunca para la maledicencia ni la queja.

El milagro de esa voz está aquí, reunida, en Jannine y en los parientes y amigos que te celebramos hoy que cumples 56 años. Cuánto hubiéramos querido decorar esta noche con los animales que te gustaban y proyectar algunas escenas de los hermanos Marx; pero, por esta primera vez, permítenos ofrecerte solo unas flores, algunas palabras y unas pocas canciones.

JORGE WIESSE

Escogí este poema porque creo que es un gran poema de amor. No estoy seguro de que podamos clasificar a Eduardo como poeta ‘amoroso’ –como sí podemos clasificar a Bécquer o a Garcilaso de la Vega–, pero ha escrito poemas de amor memorables y “El amor y el mar” (saboreemos el juego fónico) es uno de ellos.

Me parece justo que aparezca al inicio de esta celebración de la vida de Eduardo que congrega a los que lo queremos, como pórtico o como prólogo, a manera de envío que va de Eduardo, un creador –oceánico el mar– a Jannine, su amor.

No quiero extenderme en comentarios. Basta decir que en el poema Eduardo contrasta –pero al final reúne– dos espacios: el espacio íntimo del cuarto, de la alcoba; y el am-

plio espacio del océano. La intimidad recogida de los amantes y la expansión de horizontes sin término del mar. A su modo, y creo que este es un mérito y no pequeño, Eduardo rinde homenaje, sin dejar de ser él, a *La voz a ti debida* y a *El contemplado*, dos grandes libros del poeta español Pedro Salinas. Que Jannine sea el eje que los articule es la certificación de cómo Eduardo vivía la poesía y poetizaba la vida.

ROSSELLA DI PAOLO

Elegí leer su poema “Las rocas muertas” porque correspondía a esos años jóvenes y frescos en que estudiábamos Literatura en la Universidad Católica. Me recuerda ese lado suyo tierno, ensimismado o solitario, capaz de inventar juegos secretos, complicidades tra-viesas, risueñas, con las cosas más cotidianas, como esas rocas que encuentra o que busca; con las que conversa y pelea o acaricia y hasta les da de comer piedras “como quien alimenta con maíz a las palomas del templo”.

El poema forma parte de *Crónicas de un ocioso* (1983), segundo libro que Eduardo publicó apenas dos años después de *Cuadernos de Horacio Morell* (1981), lo que anunciaba al poeta prolífico que llegó a ser. Guardo con especial cariño las ediciones de esos primeros libros y me conmueve que las flores que dibujó en sus graciosas dedicatorias (con cualquier lapicero Eduardo dibujaba con rapidez sorprendente y maravilloso trazo), se materializaron y colorearon de alguna extraña manera en las flores que sus amigos llevamos esa noche para recordar su nacimiento. Quién sabe, quizá entre esas flores alguien descubrió también al duende de larga barba que se apoyaba en el tallo de una rosa, o reconoció en una margarita despeinada al ‘baobab florido’, ese rebelde.

La poesía de Eduardo avanzó con serenidad y claridad hacia el corazón invisible de las cosas, de todas las cosas, porque señaló el mundo en su vastedad y variedad de criaturas, paisajes, vínculos. Fue un poeta constante, inagotable. Todo lo que veía se hacía poema, canción, ensueño. Y fue como un caballero de tiempos lejanos: preciso, afectuoso, sonriente. Te queremos mucho, te recordamos, querido Eduardo.

MAY RIVAS DE LA VEGA

Solo leer la frase en un correo de Jorge Eslava, la mañana del 17 de febrero: “Ya no hay nada que hacer”, hizo que sienta ausencia del piso, que este se diluya debajo de mis pies y se siembre un hueco helado en medio del pecho; por más que mis manos trataban de tapanlo, el frío se colaba incesantemente.

Pero no voy a ponerme triste. Ya he llorado la ausencia de este amigo queridísimo y es hora de homenajearlo con alegría, con la certeza de que él está acá, presente, escuchando y viendo todo lo que acontece.

Quiero compartir con ustedes y contarles que me considero una persona con suerte, con mucha suerte. Tuve la oportunidad de divertirme muchísimo conversando y viendo a Eduardo en su forma más auténtica, es decir, como autor de libros para niños. Fui su editora de dos títulos que se constituyeron cada uno en un divertido juego y toda una aventura. Imaginábamos las caras de los diferentes personajes, las formas que tendrían, los colores y cada detalle que necesitaron esas historias.

Soy una convencida de que no es fácil escribir para niños, no es fácil escribir cuentos inteligentes y entretenidos; además de tener la magia de que al leer el manuscrito, ya estás viendo las escenas que tienen que ser ilustradas y la explosión de colores. Esos son los libros que no tienen pierda y que pronto conquistan los corazones de los pequeños y de los adultos también. Eduardo tenía ese toque mágico.

Que ¿cómo fue el proceso de trabajo con él?, pues muy divertido, como ya lo mencioné y con un enorme respeto por cada sugerencia que yo le hacía. Después de soñar una a una las escenas vino el momento de escoger la persona que ilustraría esas páginas; ese es

un proceso de pura intuición, es sentir cómo resonarán ilustrador, historia y autor. Creo no haberme equivocado, Christian Ayuni y Leslie Umezaki vieron con el alma los cuentos que ilustraron, me refiero a *Juanita y las líneas de Nasca* (2014) y *A Cristóbal no le gustan los libros* (2014), respectivamente, libros que salieron bajo el sello de Arsam. Pero antes de la existencia de los dos títulos que he mencionado, Eduardo ya había publicado una trilogía de novelas sobre su koala Guillermo con el sello Alfaguara.

Quiero leerles unos breves párrafos de cada uno de los libros que le edité.

El primero será *Juanita y las líneas de Nasca*. Esta es una historia que tiene como protagonista a una niña pronta a cumplir 12 años, con una inmensa curiosidad (es así como imagino que Eduardo debe haber sido de niño) y como regalo de cumpleaños, recibe de parte de sus padres un viaje a Nasca, lugar que ansiaba conocer. La historia inicia así:

Querido diario:

¡Hola! Déjame presentarme. Me llamo Juana, igual que mi mamá, pero todo el mundo me conoce como Juanita. En pocos días cumpliré doce años y estoy súper entusiasmada porque mis papás me han prometido que pasaremos mi cumpleaños en Nasca, un lugar que siempre he querido visitar desde que vi un documental interesantísimo en la tele. Con un lápiz rojo he marcado en el calendario cada día que pasa, ¡y solo me falta marcar uno! Mañana tempranito saldremos todos en la camioneta: mi mamá (que es la que maneja), mi papá (que es el que se queda dormido en los viajes), mi hermano Mateo y Olivia, nuestra cachorrita chihuahua.

El siguiente cuento es *A Cristóbal no le gustan los libros*. Esta es una historia con otro tipo de movimiento, en el que el protagonista, Cristóbal, es un negado por el gusto a la lectura; hasta que una buena noche, la presencia de un personaje especial dueño de unos largos, largos bigotes, reloj con leontina y rabo, es decir, un ratón de biblioteca, le descubre la maravillosa melodía que encierra cada libro.

Acá va una parte del primer capítulo:

A Cristóbal no le gustan los libros. Tampoco los chocolates amargos, ni las sábanas almidonadas, ni las clases de educación física. Cristóbal podría hacer una larga lista de cosas que no le gustan, pero como tampoco le gusta escribir, las anotaba en su memoria y se le aparecían cuando menos lo esperaba, es decir, casi siempre.

—Mamá, no me gusta el puré de espinaca.

—Mamá, no me gusta pasear al perro.

—Mamá, no me gustan los calzoncillos verdes.

Pero de todas las cosas que no le gustaban, la más-más eran los libros.

¿Cómo podía estar una persona sin moverse durante horas sin hacerle caso a lo que ocurría a su alrededor? Eso, Cristóbal no lo podía entender.

¿Sabes?, imagino a Eduardo conversando con cada uno de sus personajes, Juanita sentada a un costado, escuchándolo atenta; mientras que Cristóbal juega distraído con un pedazo de papel haciendo animalitos de origami que el koala Guillermo quiere morder, mientras nuestro Eduardo les cuenta que a los 8 años pidió, como regalo de Navidad, una enciclopedia de seis tomos.

Así te recuerdo, Eduardo, con ese brillo travieso en los ojos, mirada inteligente, aguzada y altísimo sentido del humor; pero sobre todo, inmensamente optimista y generoso. Gracias amigo por esa enseñanza, la acojo en mi alma; y el continuar leyendo y difundiendo tu obra será la mejor forma de saberte presente. Te quiero mucho.

JOSÉ ANTONIO MAZZOTTI

Fue una tarde soleada de 1978 cuando, recién ingresados a la Universidad Católica, Eduardo y yo nos encontramos un poco por habernos ya observado y otro poco por haber

oído hablar uno del otro. Eduardo mismo recordaría ese encuentro cuando escribió una hermosa nota para una antología mía, *El zorro y la luna*, publicada en 1999. En ella recuperaba detalles de nuestra primera conversación y de la inmediata sintonía que se dio entre nosotros.

El encuentro del setenta y ocho nos hizo amigos desde el primer minuto. Ambos compartíamos los mismos intereses; teníamos una procedencia social parecida, éramos igualmente tímidos. Dos muchachos de 17 y 18 años con aspiraciones literarias que empezaban a reconocerse. Yo, por ejemplo, venía escribiendo poesía desde los 11 años pero nunca había tenido un amigo poeta. En general, mi mundo estaba poblado de lecturas, de una visión utópica de la vida, que espero no haber perdido. En Eduardo encontré ideas parecidas y un gran sentido del humor y de amor a lo lúdico. También se me hizo evidente que se trataba de una persona de enorme sensibilidad, que no era indiferente a los cambios de ánimo de los que lo rodeaban ni al mayor o menor afecto que le brindaran. Un poeta en estado puro, de los poquísimos que he conocido.

Conversábamos, así, mucho de poesía, intercambiábamos lecturas, organizábamos recitales y publicábamos revistas y fanzines. Junto con Raúl 'Chino' Mendizábal formamos un pequeña collera (los Tres Tristes Tigres) que se fue agrandando con otros amigos como Ciro Alegría, César Ángeles y más tarde los sanmarquinos Róger Santiváñez y Domingo de Ramos. Casi sin quererlo, nos dimos cuenta de que formábamos una generación. Fuimos de este modo testigos del desarrollo de los *Cuadernos de Horacio Morell* (1981), primer libro de Eduardo, y poco a poco recibíamos con alegría la noticia de los sucesivos premios que lo hicieron cada vez más conocido dentro y fuera del Perú. Hoy es unánime su prestigio como excelente poeta.

Pero más allá de su merecida reputación internacional, quiero recordarlo como ser humano y como amigo, porque al perder a un gran amigo el mundo se vuelve un lugar más solitario, más amargo y oscuro. Los amigos se ganan con el tiempo y nos irradian su calor por largos años. Nos abren los ojos, nos acompañan en distintas aventuras y proyectos. Perder a Eduardo ha sido y sigue siendo un golpe muy difícil de asimilar.

La noticia de su partida me llegó por una amiga que llegaba a Cuba justamente cuando yo empezaba en La Habana una serie de actividades literarias. El golpe fue súbito, pues nada más una semana antes había conversado con él por teléfono y habíamos quedado en que yo le llevaría a los Estados Unidos ejemplares de la antología *Demasiado frío para ser primavera* que Ediciones Matanzas le acababa de publicar en la isla. La enfermedad le impidió llegar él mismo a presentar el libro en Cuba, país que siempre había querido conocer.

Era casi ritual entre nosotros saludarnos por nuestro cumpleaños. El mío, en marzo, siempre aparecía iluminado con sus palabras afectuosas, que solían encerrar alguna pequeña broma sobre lo viejos que nos estábamos poniendo. Yo le retrucaba cada 4 de abril que pronto nos veríamos en Lima o en algún otro lugar.

Esa llamada o correo de cumpleaños, siempre con el encabezado "De parte de Eduardo", como para que no se confundiera con ningún otro saludo; esas palabras amables que siempre sugerían un próximo encuentro, ya no vendrán más.

Como suele decirse, Eduardo 'se nos adelantó'. Quiero recordarlo siempre con una sonrisa, ahora que hace 'demasiado frío para ser primavera' y que los demás continuamos el viaje hacia el mismo lugar. Guárdanos sitio, Eduardo; tú que siempre supiste ser el primero, el más generoso, el más noble.

Que todos los poemas del mundo te acompañen.

DIEGO OTERO

Eduardo Chirinos se propuso utilizar el lenguaje y la tradición literaria como materias primas para cuestionar prejuicios y afirmar libertades: por eso su poesía es conceptual pero también es lírica; se apoya en la imagen pero se guía por la música; es compleja y a veces

enigmática pero transparente. Su obra afirma tácitamente que la vida debería ser como el arte: un lugar en el que se puede vivir sin dogmas ni discriminaciones. La suya es una subversión íntima, sin escándalos ni eslóganes, susurrada al oído del que se acerca. Eduardo, a pesar de su vasta cultura y de su amplio universo de referencias y modelos, de la ambición que implica su proyecto, es de esos escritores que se dirigen al lector horizontalmente, sin crueldad ni condescendencia, como quien le habla a un amigo. Y eso es algo que los aficionados a la poesía siempre agradeceremos.

RAÚL MENDIZÁBAL

Las palabras nos definen, es el legado de Eduardo. Su lucha contra la gran objetividad, desde la *naiveté*; contra las más acendradas trampas de cuándo y cómo los hechos ratifican y por qué necesariamente así... fue o es su lucha a través de sus versos.

Él era un niño puro, voluntariamente puro; aherrojada, gozosa y sacerdotalmente puro; sus argumentos en defensa, su felicidad a pulso, sus versos, atestiguan esa lucha.

No estoy seguro de cuántas batallas ganó, de lo que sí estoy seguro es de sus intentos, nada vanos; eso lo convierte en uno de mis héroes.

Eduardo es quijote, ganador de la guerra, buen hijo, buen hermano, buen esposo, buen padre de sus criaturas elegidas y por elegir; léelo.

Buen amigo. Mi amigo, mi hermano. Mi honor.

El amor y el mar

A Jannine

*Un silencio antiguo, sin tiempo,
entre las ondas*

Vicente Aleixandre

1

*Debo aproximarme a una puerta silenciosa
y abrirla cuidadosamente.
Cuán inútil la experiencia, los años revueltos como plumas desgajadas
de un ave,
las sucias escamas que ocultan la delicada piel.
No plumas ni escamas.
No piel.
Solo ojos brillando en medio de la noche
y un cuerpo núbil sobre la alfombra roja.
(¿Qué hace un cuerpo núbil sobre la alfombra roja?)
El viento esparce las cenizas del amor.
Dibuja apagadas estrellas, agujeros astillados,
largas salmodias donde un nombre obstruye para siempre la salida.*

2

*Contemplar el mar es contemplar un larguísimo reproche,
humedecer los ojos con palabras que el tiempo no destruya
y disponerse a soportar el peso amargo de los años.
Escuchar el mar es escuchar un antiquísimo lenguaje.
Su espuma es el vértigo,*

la vana transparencia que enloquece de amor a los amantes.
Me has dado ojos para ver la transparencia
porque el mar es también una larguísima caricia.
Lo supe en prolongadas tardes de silencio y desarraigo,
tardes en que amor y soledad no eran solo dos palabras
sino un vasto paraje que solo admitía tu presencia.

Para llegar a ti he tropezado muchas veces.
Noches enteras contando uno a uno tus cabellos,
besando con unción la punta de tus pies, imaginando
tu rostro en el rostro de todas las mujeres, tu voz
en cientos de bocas y labios inútiles.
Es tu voz la voz del mar, la voz que me llama desde dentro
con sus abismos y profundidades
con sus peces y sus olas y sus islas desiertas.
Es tu cuerpo
el que me llama y me resarce del error.

Para llegar a ti he tropezado muchas veces.
Noches enteras pronunciando un nombre, y era el tuyo.
Noches enteras acariciando un cuerpo, y era el tuyo.
Años desgajando con paciencia las plumas de un ave
para caminar sin rumbo hacia una puerta
sin saber que tú eras esa puerta.
El antiguo silencio que aún me habla entre las ondas.

(Recuerda Cuerpo, 1991)

Las rocas muertas

Para saber si una roca está realmente muerta
basta observarla detenidamente.
No se trata de una empresa difícil,
por lo común hasta un niño sabe distinguirla de las otras.
Sobre todo si la hierba que aplasta se vuelve amarilla como el sol
y las nubes del cielo le proyectan su sombra
constantemente.

Yo nunca respeté a las rocas muertas,
ni siquiera las supe distinguir de las vivas.
Pero siempre,
al pasearme por los desfiladeros,
llevaba una mochila llena de piedras
para alimentar a las rocas
como quien alimenta con maíz a las palomas del templo.

Yo era popular entre las rocas.
Cuando les conversaba me miraban pensativas,
jamás hacían preguntas,
y cuando les recitaba poemas se sonreían tímidamente.
A veces me sentaba sobre una de ellas
y le hacía mucho cariño
hasta hacerla morir lentamente.

A veces tiraba las piedras al río
y ni siquiera protestaban.
Se limitaban a mirarme y se volvían oscuras
hasta desaparecer.

*Cuando esto ocurría me ponía triste
porque indicaba la hora de retirarse de las rocas muertas
hasta mañana. Nunca.*

(Archivo de huellas digitales, 1985)

Poema escrito el domingo de pascua

*Para María Koutentaki
y Carlos García Miranda*

1

*En inglés lo llaman Easter en honor a la diosa
que nos trae por fin la primavera, el mismo
sol que saluda y resplandece en mi ventana.
Esta noche cenaré en casa de un amigo
Su mujer ha preparado pan sin levadura,
pepinos con salsa de yogurt y pierna de
cordero. Los cretenses (la mujer de mi amigo
es cretense) celebran la Pascua sacrificando
un cordero, el que debe morir. En Salamanca
un muchacho se gana la vida imitando a Cristo.
El jueves sostenía una cruz en la Plaza Mayor,
el viernes lo vi crucificado junto a la catedral.
Los niños le arrojaban monedas, los mayores
hacían un rodeo para no mirarlo, los turistas
sonreían nerviosos y sacaban instantáneas
con sus móviles. Anoche tuve un sueño.
Cristo me preguntó si podía reemplazarlo
en la cruz porque estaba cansado, porque
tenía hambre y quería comer un bocadillo.*

2

*Una mujer danza en la calle con los pies
desnudos. Parece poseída. Mira sus cabellos
dorados, sus senos purísimos temblando
bajo la túnica, sus ojos tan indiferentes,
tan fuera de este mundo. Sus pasos dibujan
las huellas de un laberinto que jamás existió.
“Dédalo diseñó en Cnossos un suelo para
que danzara Ariadna”. ¿Por qué hablas de
Ariadna? Por las cigüeñas, me dijo. Aquí
se quedan todo el año, se han acostumbrado
a vivir entre la gente, a escarbar comida en la
basura. No necesitan irse al África en busca
de otros soles, de otras ramas donde aparearse,
de otras rutas para llegar a París. Se trata
de asuntos domésticos, de insertarse en el
frío. Como tú, como yo, como el muchacho
que recoge las monedas y se marcha con
su disfraz de Cristo, su corona de espinas.
Sus heridas simuladas con mercurio cromo.*

3

*Un día como hoy cientos de tribus celebran
la Pascua y sacrifican un cordero. Los más
niños devoran huevos de chocolate, el duro
corazón de nuestros dioses. El círculo de
la muerte que atraviesa el círculo de la vida*

y lo parte en dos como el Mar Rojo, como los senos de la mujer que danza, como sus ojos donde surcan los trirremes de Homero. Ayer leí algo sobre Homero. “El encrespado mar color de vino”, solía repetir en sus poemas. Ese mar anuncia la sangre de nuestros antepasados, la trágica destrucción de los trirremes. ¿Pero acaso Homero confundía los colores? Tal vez los colores confundían a Homero. Por algo dicen que era poeta, por algo dicen que era ciego.

4

Indiferente a la Pascua una cigüeña cruza el cielo. En Salamanca los turistas se aburren de mirar cigüeñas, las torres cansadas de la Plaza Mayor, la turbia llegada de la primavera. Una mujer danza sin importarle el frío. Sus cabellos arden como el sol. Es el sol que adoraban los antiguos, el sol que danza frenético alrededor de los planetas. Yo la miro y soy trirreme, soy rojo y soy también azul, y soy espuma que baten los remos. Y si la miro dos veces soy el mar.

5

Me dijo en sueños: “Quiero atravesar en burro las calles de Jerusalén”. Yo le advierto del peligro, le expongo mis razones, pero es terco y no me hace ningún caso. Hoy es domingo de Pascua según el calendario ortodoxo, según también el gregoriano. Por esa coincidencia cenaré cordero esta noche, y si veo al Cristo inmóvil (solo si lo veo) le ofreceré un bocado, un poco de vino, un huevo de chocolate. Indiferente a la Pascua una cigüeña cruza el cielo. No sé hacia dónde se dirige, pero tampoco me importa. Me basta con saber que ella lo sabe.

(Medicinas para quebrantamientos del halcón, 2014)

Por decreto y por sueños de Carlos Contramaestre

¿Dónde andarás ahora viejo Carlos?
Por teléfono me enteré que te habías ido
inventando enfermedades con tu camisa de anestesia y de herida inmortal.
Ahora no sé dónde escribirte.
Tengo a la mano una libreta inútil, un par de fotos tuyas enviadas por Alfredo
y tu último libro dedicado con letra temblorosa, como una premonición fatal.

Seguro estás en las playas de Cádiz,
atravesando murallas para escuchar la lengua dulce de los viejos testamentos
o en Mérida (donde nunca estuve) comiendo coquitos o almojábanas,
viendo transcurrir la vida en la rockola de La Caraqueña.

O tal vez estés en el infierno, besando la blanquísima frente de Francesca,
preguntando si alguien perdió un ala, un lirio, una cometa tronchada.
La fotografía de un viejo suizo llamado Bellergal.
Ese viaje en tren no fue hacia Cádiz. Fue a un pasado más remoto.
Allí vimos barcos árabes y rusos anclados en el puerto, marineros con
sirenas tatuadas en el pecho, rameras bíblicas ofreciendo por un dólar los siete

*pecados capitales.
Entonces dijiste la poesía es clandestina o no es.
La poesía hace llorar o no es.
La poesía tiene senos y pestañas y hace sufrir y mata y nos devuelve a la vida.*

*Por eso viejo Carlos,
en nombre de los fotógrafos más pobres del mundo, de los payasos que siempre fracasan, de los truhanes, vagabundos, lazarillos y todos aquellos que buscan placer aunque les cueste dolor
te regalo tus propias palabras.*

Te regalo una noche de insomnio leyendo a Ramos Sucre.

Te regalo una botella de vino comprada en un restaurante griego.

Te regalo a Plinio y sus yeguas violadas por el viento.

Te regalo una estampita de la Señora de los Esteros.

*Para que nos ampare y nos proteja
para que no nos abandone nunca
para que expulse el odio y el rencor de nuestras almas
y nos recuerde que en el mundo siempre habrá un lugar para nosotros.*

(Abecedario del agua, 2000)

En el miraje de tu vientre

*¿Dónde el cobijo de tus senos, Poesía?,
¿dónde el ansia de tus piernas, dónde*

*tus ojos comiéndome los pies, el
cuello, las orejas? Cansado*

*de no ver tu rostro, de hundirme
en el miraje de tu vientre, de pesar
en sílabas tu ausencia, me ahogo*

interminablemente en el silencio.

*Y ella me dijo: “pero yo siempre
estuve aquí, Eduardo, Eduardo”.*

(No tengo ruseñores en el dedo, 2006)

Raritan blues

Para Margarita Sánchez

*Aquí no hay bulla ni miseria,
solo un bosque de árboles mojados y cientos de ardillas
correteando vivaces o escarbando una nuez.
A lo lejos un puente
una interminable fila de automóviles retorna a sus hogares
y nubes balando ante un perro pastor y amarillo.
¿Eres tú quien camina en las riberas del Raritan?*

Recuerdo un río triste y marrón donde las ratas
disputan su presa con los perros
y aburridos gallinazos espulgándose las plumas bajo el sol.
Ni bulla ni miseria.
El río fluye educado como en una tarjeta postal
y nos habla igual que hace siglos, congelándose y
descongelándose,
viendo crecer a sus orillas cabañas, iglesias, burdeles,
plantas refinadoras de petróleo.
Escucho el vasto rumor del Raritan, el silencio de los patos,
de los enormes gansos salvajes.
Han venido desde Ontario hasta New Brunswick,
con las primeras nieves volarán al sur.
Dicen que el río es la vida y el mar la muerte.
He aquí mi elegía:
un río es un río
y la muerte un asunto que no nos debe importar.

(El equilibrista de Bayard Street, 1998)

This world is half the devil's and my own
Dylan Thomas

¿Y qué harás con tu castillo y tus torres, Eduardo, Eduardo?
Balada tradicional escocesa

Te has arrodillado desnudo en la losa
y has observado largamente tu propia mierda, Eduardo, Eduardo,
luego de tres días sin comer has vaciado tu cuerpo
y lo has visto como a un manso animal descansando al borde de la carretera.
Estás desnudo, Eduardo, Eduardo, has acariciado torpemente la bola de cristal
y nada has visto,
apenas un fragor de caballos quebrando la pista,
apenas tus huesos podridos flotando en el mar.
Estás solo, Eduardo, Eduardo,
ahora es el momento de cerrar los ojos y rascar con la uña la vana superficie
del espejo, ahora es el momento
de romper medallas y escupir los retratos de la B. de Portinari.

Tus genitales señalan al sur, Eduardo, Eduardo,
la flecha impostora desvía bandadas de pájaros que equivocan el camino
y juntas las palmas de las manos hasta procurar el fuego;
así es el mundo, Eduardo, Eduardo,
el mundo que hace del amor un grito inescuchable,
el mundo que hace del amor una ventana rota.

La mitad del mundo es tuya y la otra del demonio, Eduardo, Eduardo,
mas la otra es una malla de cobre donde cuelgan las palabras
vacías como cajas de cartón en espera de ser utilizadas.
Has plagiado un verso, Eduardo, Eduardo,
te has inclinado ante tu propia mierda a desclavar estacas y volverlas a clavar,
te has observado inútilmente en el espejo
hasta saber que ahora es el momento de decir unas palabras.
No sea que despierte el manso animal que descansa al borde de la carretera
y lo atropellen.

(Archivo de huellas digitales, 1985)

Otro poema doméstico

Y bien, aquí estamos de nuevo. Yo, sentado
frente al ordenador, sin bañarme. Tú,
como siempre, detrás de la pantalla, haciéndome
gestos en la música, nadando en el café ya frío.
Por la ventana veo caer la nieve. No le presto
atención, hace tiempo dejó de ser metáfora.
Pronto volverá Jannine de la universidad.
Si en diez minutos no apareces
me iré a tender la cama, a darme una ducha,
a calentar el almuerzo. Tal vez entonces
te vea dormida entre las sábanas, en las gotas
que resbalan en la cortina del baño, dejando
mensajes en la borra del café. Ya lo sabes:
si te escondes, bien; si vienes, bien. La paciencia
es una virtud que se gana con los años. Cuando
llegue Jannine le diré que he perdido la mañana.
Me dirá sonriendo que no importa, y será suficiente
para volver a empezar. Lo malo de la poesía
–dijo Billy Collins– es que anima a escribir más poesía.

(Mientras el lobo está, 2010)